

MARÍA IORDANIDU

LOXANDRA

TRADUCCIÓN DEL GRIEGO MODERNO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Λωξάντρα*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1963 by Hestia Publishers y Booksellers, S. A.
© de la traducción, 2018 by Selma Ancira Berny
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17346-00-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 7221-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

PRIMERA PARTE	9
SEGUNDA PARTE	89
TERCERA PARTE	169
<i>Notas de la traductora</i>	237
<i>Glosario</i>	245





A mi madre.

PRIMERA PARTE

Dice Loxandra que vino al mundo en Constantinopla, en tiempos del sultán Abdül-Mecit, «que mala muerte tenga...».

—Shhh, cállate, Loxandra, nos perderás.

—¡Oh, que Dios conceda larga vida al sultán Abdül-Mecit, mal rayo lo parta!

—Shhh, calla de una vez. ¿Te has vuelto loca para gritar así?

Pero Loxandra no está gritando. ¿O sí? No, está hablando en voz baja. Pero la voz baja de Loxandra resuena como una campana de Santa Sofía. Sólo los muertos no la oyen. Una voz muy grande y sonora tiene la bendita y no la puede modular.

Todo en ella es grande. Una voz grande, un corazón grande, un estómago grande, un apetito grande. Pies grandes con arco y tobillos finos, una buena base para sostener su cuerpo grande sobre la tierra. Grandes manos patriarcales, ortodoxas. Manos para ser besadas. Dedos largos y torneados, hechos para bendecir y emanar la fragancia del mahalebi y del incienso. Manos hechas para dar. «Servíos, comed», invitan sus manos abiertas sobre la mesa. «Que comas, te estoy diciendo. ¡Eso que te serviste no es nada!».

Pero sobre todo, las manos de Loxandra están hechas para cargar a los recién nacidos. Su palma parece un trono cuando abraza las nalguitas del bebé, lo levanta en alto y le canta...

*Tajtiri, tajtiri, tajtiririrí,
tajtiririrí, ¿adónde vas así?
Por un puñadito de ajonjolí.*

¿Cuántos niños se habrán criado entre esas manos? Primero sus dos hermanos pequeños, al morir su madre. Luego el huérfano de la tía Katina. Luego sus cuatro hijastros y, por último, sus dos hijos.

Dimitrós era viudo cuando Loxandra se casó con él. Era un viudo con cuatro hijos: Epaminondas, Theódoros, Yorgos y Agathó, que todavía usaba pañales.

«Mamá» la llamó Agathó en cuanto comenzó a hablar. «Mamá» la llamó de inmediato Yorgos, que entonces debía haber tenido unos dos años. El mayor, Epaminondas, que tenía catorce, la llamó «tata», sólo Theódoros la mortificó mucho al principio. Cuando su padre estaba presente no la llamaba de ninguna manera, pero cuando no andaba por allí, se dirigía a ella con desprecio llamándola «doña Loxandra».

—Estás mejor en tu cocina, doña Loxandra.

—Si quisiera estar en la cocina, ¿te pediría permiso?—Y momentos después, acariciándole la cabeza—: A ver, mi hijito, a ver, mi pachá. Tómate estos polvitos, tómate tu quinina para que te cures.

—Lárgate de mi cuarto. Tu lugar está en la cocina.

¿Ah, sí? Aquel día Loxandra pescó a Theódoros por la nariz, se la apretó con toda su alma y en cuanto el niño abrió la boca para respirar, le vació la quinina en la lengua. Acto seguido abandonó la habitación. Lo dejó encerrado dentro, para bien o para mal, y comenzó a bajar pesadamente la escalera gritando:

—¡Estás hecho todo un bashi-bozuk aquí dentro! ¿Eh? ¡Espérate y verás lo que voy a hacer contigo!

Pero en cuanto entró en la cocina encendió una hornilla para prepararle al muchacho el halvás que tanto le gustaba.

Ése fue su primer enfrentamiento con Theódoros. Luego vino otro, y luego otro más, hasta que un buen día lle-

garon a las manos. Por aquel entonces Theódoros era un chico robusto de unos doce años y Loxandra se las vio negras, porque en medio de la pelea la pobre intentaba no hacerle daño, mientras el otro la golpeaba en el estómago y en el pecho.

—Óyeme tú...—Y al cabo de un ratito, más alto—: ¡Óyeme!...—Se enfureció Loxandra. Se le montó encima y le clavó los hombros contra el suelo—. Quietos... ¡Quietos te digo! Condenado muchachito. ¡Diablo sinvergüenza! Te voy a matar. ¡Ah!

A Loxandra ese «¡Ah!» le salía *stacatto*. Lo lanzaba de la laringe a la cara del interlocutor como un garbanzo tostado, y uno sentía el golpetazo en la frente. Aquello quería decir «Se me ha acabado la paciencia».

Después del incidente, Theódoros esperaba un castigo de su padre y se sorprendió mucho al darse cuenta de que Loxandra no le dijo nada a Dimitrós. Tiempo después volvió a sorprenderse cuando Loxandra, por su cumpleaños, le cosió un bonito traje. Y más tarde se sorprendió de nuevo cuando Loxandra vendió un terrenito que tenía en Prínkipo¹ para que Theódoros pudiera inscribirse como interno en Galatasaray² y estudiar, ya que así lo deseaba su padre.

Cuando al terminar el primer cuatrimestre Theódoros volvió a casa a pasar las vacaciones de Navidad, Loxandra se precipitó a su encuentro y con las manos llenas de harina le dio la bienvenida en mitad de la calle. Eran tales sus gritos de alegría que los vecinos, asustados, se asomaron por las ventanas para ver qué estaba pasando. Theódoros se lanzó a sus brazos y le dijo «tata». A partir de entonces empezó a llamarla «tata». Y nunca más volvió a mortificarla ni a contrariarla.

El que verdaderamente la mortificaba era Epaminondas, su consentido. El loco ese de Epaminondas, ese vago que

para estrenar sus catorce años le dio un moquete a su maestro de escuela, saltó por la ventana y desapareció. Todo intento por encontrar su rastro fue inútil. Lo lloraron, lloraron su muerte, y un buen día se enteraron por Yakumis, el contramaestre, de que Epaminondas se ganaba la vida como grumete en los barcos.

Fue entonces cuando Loxandra compró un san Nicolás y lo colocó en su iconostasio. Y es que hasta entonces nunca había tenido toma y daca con los mares.

Pasaron muchos años antes de que Loxandra tuviera un hijo propio. Ésa era su pena, su desconsuelo. Su gran desconsuelo. Había hecho cuanto estaba a su alcance. A Nuestra Señora de Vlajerna le había puesto velas, a san Tharapis una lamparilla de plata... Nada. Había ido a sentarse desnuda en los mármoles calientes de los baños para que se abriera su matriz y pudiera concebir... Nada.

Y Dimitrós se alegraba y decía «bravo». Primero has de acabar con los huérfanos, le decía, y luego ya tendrás uno tuyo. Por Dios. Como si esas cosas se hicieran por encargo. Si una mujer ha estado casada durante seis años y no ha tenido hijos, es porque ya no los tendrá. Y entonces, desesperada, un buen día Loxandra le prometió a la Virgen de Baluklí todas sus alhajas. ¡Todas!

—Virgen Santa—dijo Loxandra de rodillas frente al iconostasio que estaba en su dormitorio—, grande es tu gracia, Virgen Santa, hazme el milagro. ¿Cuántos años me quedan para poder tener un hijo? Me casé mayor para cuidar de mis hermanos huérfanos y acompañar a mi padre en su vejez. ¿Te parece bien castigarme por eso? Colgaré en tu icono todas mis alhajas.

Abrió las manos y sin dejar de mirar el icono comenzó a enumerar una por una las alhajas, parecía que estuviera firmando un contrato con la Virgen.

—Te pondré el gran broche de la abuela, el anillo de esmeraldas de mamá, mis aretes de turquesa, mi cruz...—Y una vez que había concluido la lista, gritó con indignación—: ¿Tan excesivo te parece lo que te he pedido durante todos estos años que no has podido concedérmelo?

Se enfureció Loxandra.

Y, ¡oh, milagro! No había pasado un mes cuando se quedó encinta. Se quedó encinta y tuvo a su Alekakis. Y al cabo de dos años tuvo una niña, Klío.

—Y ahora basta—dijo entonces Dimitrós.

—Dimitrós, tú mejor no te metas en estas cosas, son asuntos de la Virgen—respondió Loxandra, que pensaba en todas las alhajas que había puesto en el icono.

Pero a nadie le dijo nada del voto que había hecho. Colocó unas cortinitas gruesas sobre los cristales del iconostasio, lo cerró muy bien y se colgó la llave al cuello. Sólo ella y la Virgen estaban al tanto del secreto.

La Virgen de Baluklí conocía sus secretos, como había conocido los de su madre, los de su abuela y los de su bisabuela. Aquel icono había ido pasando de mano en mano por las mujeres de la familia desde hacía muchos años, hasta llegar a Loxandra cargado de plata y de oro, de lágrimas y de fervientes plegarias.

Ese niño de plata lo había colgado su madre cuando estuvo a punto de perder a Nikolós por mal de ojo. La perla que estaba encima de la aureola de la Virgen la había puesto la abuela cuando su hija pequeña se salvó de las manos de los Kizilbas.³ Esos malditos habían atrapado a la niña en plena calle y estuvieron a punto de degollarla sólo porque llevaba puesto un vestidito verde. Verde, decían, es la bandera sagrada del islam y los cristianos no deben usar ese color. ¿Qué contestas a esto? Sabe Dios qué agonía escondería la pulserita de oro que estaba colgada en el centro del ico-

no. La debía haber puesto la abuela cuando el terremoto.

—Eleni, ¿cuándo fue lo del terremoto?

Siempre que Loxandra quería acordarse de algo se lo preguntaba a su cuñada, Elenkaki,⁴ la viuda del difunto Nikolós. Elenkaki tenía buena memoria, y además sabía leer y escribir.

—¿En qué año fue, Eleni, el terremoto? ¿Vivía todavía la abuela o ya no?

—¿En qué año? A ver, déjame pensar. Cuando el terremoto yo estaba a punto de dar a luz a Erifili, que Dios la tenga en su gloria, pobre pajarito mío.

Si estaba encinta de Erifili, Euterpe y Eufemia ya habían nacido. Andrikos no había nacido todavía. A Andrikos lo bautizó la abuela de Loxandra. Entonces...

Las señales para no perderse en el tiempo eran los nacimientos, las muertes, las bodas, los terremotos... Alguna vez también «el vestido color berenjena».

—Oye, Eleni, ¿te acuerdas del vestido color berenjena? ¿Cuándo sería que lo cosí?

—¿Cuándo? A ver, déjame pensar, a ver si nos acordamos...

Se hacían su café y se sentaban en el diván una frente a la otra y se ponían a zurcir calcetines. Y mientras hacían memoria, transcurría la tarde y comenzaba a caer la noche. Entonces llegaba Dimitrós del trabajo.

2

Dimitrós estaba a punto de cumplir los setenta, pero todavía trabajaba. Trabajaba en el periódico *Constantinopla*, que editaban los hermanos Dimítrios y Athanasios Nikolaídís.

Dimitrós era de Quíos. Tras la masacre de Quíos, en la

que los turcos degollaron a sus padres, y a él, que era un niño pequeño, lo llevaron al bazar de esclavos, un hermano de su padre que vivía en Syros—don Vasilakos, el vendedor de lukumis—viajó a Quíos y lo compró por un puñado de piastras.

Vasilakos, que era soltero, crió a Dimitrós como si fuera su hijo, y cuando cumplió los diecisiete años lo envió a Constantinopla, a la casa de la tía Irini, para que el niño pudiera estudiar, ya que se veía que le gustaba aprender.

Se maravillaron los ojos de Dimitrós cuando llegó a Constantinopla. A la bellísima ciudad de las siete colinas. «Salud, Constantinopla, reina de las ciudades». Recostada en dos continentes, abre Constantinopla su pecho al viento del norte que sopla del mar Negro por un lado y al viento del sur que viene del mar de Mármara por el otro. Las dos corrientes contrarias parecen estar al asalto para conquistarla. Oriente y Occidente entran en combate y la reclaman sacando espuma y dando vueltas en redondo frente a la punta de Sarayburnu, a los pies de Santa Sofía, en pleno corazón de la ciudad.

¿Cómo habría podido no convertirse en poeta Dimitrós? ¿Cómo no ser un romántico? Su corazón se ensombreció cuando vio los minaretes que rodean Santa Sofía. Y sin embargo ésta se yergue majestuosa y, con la humildad de una princesa, dispensa serenidad a su alrededor. Frente a la grandeza de Santa Sofía, el hombre parece una hormiga. No obstante, dentro, aun esa hormiga adquiere importancia. Cuando te encuentras debajo de su inmensa cúpula, no sabes si la cúpula apareció para protegerte o si se está elevando para luego abrirse y que puedas volar al cielo. «A ti, Generalísima protectora...».¹ Otro Partenón construido por los bizantinos y dedicado a la diosa de la sabiduría, Sofía.

Así fue como Dimitrós vio Santa Sofía, que está en el casco antiguo de la ciudad y se encuentra rodeada por las murallas bizantinas. Allí no había ningún ir y venir, ni ruido, ni teatro, ni extranjeros como en Pera o en Gálata. Allí la vida transcurría con entera tranquilidad. Angostas callejuelas adoquinadas, pequeñas casas de madera con enormes puertas sólidas como las de una prisión. Ventanas enrejadas, soledad. Puestos con perezosos marchantes orientales sentados en cuclillas frente a sus mercancías: marfil, ámbar y nácar. Telas de seda y chales de cachemir de las Indias, esencias preciosas y olor a pachulí en el aire.

En los jardines de las mezquitas, los turcos tomaban el sol sentados en cuclillas. Había grandes fuentes de agua corriente con un círculo de palomas alrededor.

Ningún europeo se había sentado allí: era tierra turca. Ningún turco se había sentado en Stavrodromi:² era tierra griega.

En aquella época, Constantinopla era una mezcla de distintas ciudades, aldeas y arrabales esparcidos por el litoral de Asia Menor y Europa. Y cada ciudad, cada aldea, cada arrabal, tenía su propio carácter local, según los usos y costumbres de la población que la habitara en mayor número.

La orilla europea del Bósforo estaba poblada sobre todo por griegos y en general por europeos: Mega Rema, Büyükdere, Therapia,³ todos arrabales que evocaban Europa. La orilla asiática era oriental. Allí se oía el tambor que recordaba a los creyentes el Ramadán. Allí el almuecín pregonaba puntualmente tres veces al día que Alá es uno y que Mahoma es el profeta de Alá. Y, cuando llegaba el eco de aquel pregón hasta la ribera opuesta, llegaba como una voz quimérica de otro mundo.

Fanari, que estaba dentro del Cuerno de Oro, todavía se-

guía siendo el centro de la *intelligentsia* griega, aunque había perdido el esplendor de sus primeros tiempos.

En la casa de la tía Irini, que estaba en Fanari, fue donde Dimitrós vio por primera vez a Theanó, aquella muchachita pálida y enfermiza que más tarde se convirtió en su esposa, le dio cuatro hijos y murió una mañana de primavera, dejándolo inconsolable. Dimitrós había prometido a Theanó amor eterno, pero por el bien de sus hijos huérfanos debía volver a casarse con una mujer buena y capaz de criarlos. No iba a casarse por su propio bienestar, sino por el de sus hijos, por lo tanto podía llamar a una casamentera, decirle sin tapujos lo que quería, y no sentir vergüenza o temor a ser malinterpretado por su mal gusto. Su segunda esposa debía ser, por encargo, de buen corazón, sana, íntegra, buena cocinera, «en ningún caso intelectual ni sensible, y de ser posible entradita en carnes». E insistió tanto en este último punto que la casamentera se compadeció de él y puso todo su empeño en la búsqueda. Pobre, debía estar necesitado.

Y apareció la mujer que Dimitrós había pedido. Se llamaba Loxandra.

Cuando Dimitrós vio entrar en la habitación a Loxandra, una mujer briosa, de espalda ancha y piernas largas, sólida como una columna dórica, que llevaba en la mano una bandeja repleta de dulces, se sintió feliz. Le gustaron sus cabellos negros, su cráneo bien torneado y su mandíbula fuerte.

Loxandra tenía entonces treinta años. Había cuidado de su padre los últimos años de su vida, había criado a sus hermanos pequeños, y ahora se sentía libre para casarse. Tomó, pues, la bandeja y entró en el salón para ver al novio y para que él la viera. Y era tan conmovedora la imagen de ese ser corpulento con cara de niña y cuerpo de mujer que, cuando se detuvo frente a Dimitrós sin falsas modestias ni movimientos afectados, éste perdió el habla.

¡Qué barbaridad! No era hermosa, porque una joven hermosa debía tener cinturita de avispa, rostro pálido y hombros redondeados, como Theanó. Entonces ¿por qué se sintió tan perturbado Dimitrós? ¿Por qué dijo de inmediato «sí» sin haberse asegurado de que aquélla fuera la persona apropiada para criar a sus hijos, siendo que se casaba por el bien de los niños? ¡Señor, ten piedad!

Con esa duda se fue a dormir Dimitrós y toda la noche soñó con Loxandra. La vio con un velo en la cabeza y una corona con siete rayos, como las efigies femeninas en las monedas de Constantino. Y en la mano izquierda llevaba el cuerno de la abundancia del que se derramaban e inundaban el mundo frutos secos y frescos, fuentes con piernas de cerdo, hileras de caballas y filas de carnes secas, langostas, barbadas y mejillones rellenos. ¡Dios! ¡Qué sueño!

La abundancia. ¡La abundancia más absoluta!

3

Tu aliento es delicado como helado de cereza,
fina como un lukumi es la textura de tu cuello,
cada palabra tuya es un bocado de princesa
y una cascada de olorosa miel es tu cabello.

Sólo un poeta oriental podría haber escrito palabras tan bellas.

Los orientales dan mucha importancia al asunto de la alimentación. Confucio, dicen, se divorció de su mujer porque «el arroz no estaba nunca suficientemente blanco ni la carne bien molida», y cuando se volvió a casar, lo hizo con una mujer devota de la cocina, porque «nuestra suerte, de-